

to u otro y los estructura de esta o aquella manera. Es también dirección y espacio escénico cuando trabaja con las aproximaciones o instala su universo narrativo en su propia burbuja proxémica. Es también interpretación cuando basa, consciente o inconscientemente, su yo narrador en técnicas interpretativas teatrales, por ejemplo el clown o la comedia del arte. Es también iluminación, porque hasta contar bajo las estrellas conlleva la manipulación oral de este lenguaje, la iluminación. Es también caracterización cuando su imagen de narrador está directamente relacionada con el mundo mágico que presentan sus historias. Es atrezzo y escenografía porque desde el objeto más simple, por ejemplo un abanico, hasta un pie de micro o una silla donde se sienta para contar, son atrezzo y escenografía. Y es incluso también producción, que para mí es un lenguaje escénico más, ya que influye en el resultado final del espectáculo, y actualmente tiene mucha presencia en su versión oral.

Pienso que no se puede ser ortodoxo en un arte como la narración oral que todavía se está reinventando como espectáculo. Y dudo también de que la ortodoxia tenga cabida en el arte, ya que, como dice Ana Pérez Vega, “el artista ama cualquier bella herencia, pero siempre la reinventa y renueva”.

Habría que hacer uso de los recursos, los instrumentos o los lenguajes del teatro, o de otras artes, y a la par que inventamos la narración oral escénica, habrá que reinventar los recursos, adaptar los instrumentos y explicar los lenguajes artísticos de la narración oral como espectáculo.

La única semejanza, a ciencia cierta, que comparte tanto mi teatro como mi narración oral, es mi interés y mi necesidad de contar una historia. Tenemos la necesidad de historias porque tenemos la necesidad de sentirnos vivos. Si contamos o escuchamos no es más que para existir.



Microponencia: ¿Cómo encarar un cuento? <<<

Pepe Maestro (pepemaestro@ono.com)

A la hora de encarar un cuento quiero referirme aquí a la disposición interior, a la actitud que cualquier narrador debe optar para ejercer su oficio.

Todos los oyentes al escuchar un cuento buscamos una recompensa a la escucha. Sea la risa, la sorpresa, el desenlace de una intriga que nos ha mantenido... Sin esa recompensa el cuento no tiene sentido.

El ser humano, al igual que el resto de los seres vivos que habitan la tierra, es un ser privilegiado dentro del Universo. Para su existencia son necesarios múltiples factores que hacen que su vida sea posible. Los científicos se afanan por descubrir vida más allá de la Tierra y la sola presencia de agua a miles y miles de kilómetros se contempla como algo casi milagroso. Este hecho debería afirmar nuestra sensación de privilegio. Perdidos en medio del vasto universo, se cumplen las condiciones en este planeta para la existencia vital, y sobre todo, para el alumbramiento de algo fundamental, la consciencia. Como seres humanos añadimos el hecho privilegiado de poseer una consciencia. Según el grado de consciencia que tengamos adoptaremos una perspectiva u otra sobre nuestra vida y la de los demás. Esta perspectiva es muy importante a la hora de encarar el hecho de narrar, de contar una historia.

Como individuo mi tiempo de existencia es un tiempo limitado, breve. A esa brevedad se añade el deseo casi permanente de permanecer, de seguir existiendo,

puesto que un principio fundamental de la vida es la de continuar existiendo.

Creo que es importante la actitud vital que toma el narrador frente a estas consideraciones, en tanto que el narrador, mediante el acuerdo tácito con el auditorio, es el responsable de lo que sucede mientras narramos. El auditorio, si bien es parte fundamental e indispensable, posibilitando la existencia del narrador, delega en éste el timón de la escucha, se deja llevar, elude (aunque con salvedades) la responsabilidad última del viaje de la escucha.

Frente a otras artes más contemplativas, la narración oral comparte con las artes escénicas el transcurrir del tiempo, se desarrolla en un intervalo temporal, que depende en gran medida del narrador. El arte de la narración es un arte del tiempo. El oyente nos presta su tiempo para escuchar una historia. Él no decide, como en la lectura, el tiempo de la escucha, sino que si desea llegar hasta el final de la historia, abandona su escucha al tiempo que nosotros, como narradores, dispongamos de ella, sintiéndonos libres de alargarla o acortarla según se vaya desarrollando en ese momento de contar. Propiciamos un ritmo, nos detenemos en detalles que consideramos importantes, nos dispersamos y alejamos conscientemente, volvemos a retomar hilos y argumentos, establecemos los vaivenes de la intriga según nuestras capacidades, y en mayor o menor medida, somos los artifi-

ces del tiempo de la escucha. En definitiva, somos responsables de la vida de los demás durante un trozo del tiempo; somos responsables de la imaginación ajena y colectiva; somos responsables en la medida que canalizamos y pretendemos influir en el estado de ánimo, en la floración de determinados sentimientos. Contar es querer conmovir, influir en el otro, aunque sea diluyéndolo en la escucha de una historia.

La narración oral es un arte efímero, consciente de que aquello que transcurre, sucede ahora y nada más que en este momento. Ningún deseo de permanencia, de eternizar, que no sea el momento actual y presente del cuento.

Es por ello importante que aflore nuestra mortalidad, nuestro paso por la vida, nuestra despedida, que se convierte en algo así como la celebración de un encuentro en este preciso instante.

De tantas posibilidades como existen en el espacio y en el tiempo, hemos coincidido aquí y ahora, el narrador y los oyentes. La vida se nos va, nuestro tiempo existencial se acaba, ¿a qué queremos dedicarlo? ¿Qué tengo para ofrecer, para compartir? ¿Acaso la dignidad de los seres humanos no debe ser tenida en cuenta a la hora del relato? ¿Cualquier cosa vale, cualquier actitud?

Con esto no me estoy refiriendo a los temas ni a la grandilocuencia. No hablo sobre filosofía ni sobre religión. Es de actitud ante el cuento a lo que me estoy refiriendo. Podemos utilizar un repertorio escatológico, didáctico, erótico, lo que queramos, podemos incluso no contar sobre nada en concreto. Lo verdaderamente importante es la actitud del narrador en esa contada, la capacidad de tensionar un relato, de hacerlo inevitable, de conducir al auditorio hacia ese temblor interior que perseguimos y que nos reafirma en el aquí y en el ahora, en querer seguir dis-

frutando, salvando nuestra existencia mediante el reconocimiento de que es lo más importante que nos está sucediendo.

Sin esa actitud deseable y de la que no siempre disponemos, ¿merece la pena ser un contador de historias?, ¿merece la pena que me entregue el oyente su tiempo, su presente único?

Estamos demasiado acostumbrados al desprecio, al falso interés. Los medios de comunicación ejercen el cotilleo y la explotación de las miserias humanas de modo aberrante. Gran parte del entrenamiento de la escucha de los oyentes se realiza sobre la base del exhibicionismo y la perorata sin sentido, aprovechándose de la necesidad humana de escuchar historias, de conocer otros territorios posibles, de imaginar en definitiva.

Frente a ello, el narrador oral, el contador de historias, debe tomar una responsabilidad moral. Insisto, no en cuanto a los temas a tratar ni en el adoctrinamiento de cualquier tipo. El narrador debe sentirse un Hacedor, un Demiurgo de la palabra, aquel que convoca el estar. Porque somos, porque existimos, podemos encontrarnos aquí y ahora, mediante la palabra, que teje y teje el tránsito inevitable. Y entiéndase, no hablo de creerse un dios por encima del resto. Es la palabra, el gesto, lo que catapulta las imágenes que proyectamos, lo que el oyente configura en su mundo interior, el silencio que precede y sucede, los verdaderos protagonistas. Nosotros los narradores somos meros vehículos donde alumbrar la conciencia, somos astillas que sirven para encender el fuego.

Quizás así, cuando escuchemos un cuento, seamos por fin conscientes de que la verdadera recompensa que esperamos, sea precisamente aquella de la que ya gozamos: estar vivos, ser plenamente conscientes del aquí y el ahora.



Microponencia: Condiciones mínimas ◀◀◀◀◀◀

Grupo Albo (<http://pagina.de/albo>)

El objetivo de nuestra microponencia fue introducir el debate sobre las condiciones necesarias para que la narración se lleve a cabo satisfactoriamente. Por ello, no intentamos definir nosotros cuáles eran esas condiciones, sino incidir en la necesidad de llegar a un consenso que pudiera ser reflejado en un documento común y que elevara la opinión de individual a colectiva, puesto que entendemos que existe un amplio acuerdo que hasta ahora no ha llegado a concretarse.

[La microponencia se desarrolló a dos voces: Félix y Pablo, componentes del Grupo Albo]

- Nuestro objetivo es convencernos de la necesidad de establecer unas condiciones mínimas para poder desempeñar nuestro trabajo.
- ¡Narradores, narradoras, necesitamos unas condiciones mínimas para desarrollar nuestro trabajo! ¿Por qué?
- Porque no está claro.
- Y si nosotros no lo tenemos claro cómo vamos a pretender que otros lo tengan claro.
- Y si encima no nos ponemos de acuerdo y cada uno pide una cosa...